

Francesc Torralba

# HU MIL DAD



SAN PABLO

## Índice

Portada  
Portadilla  
Créditos  
Prólogo  
Excursión etimológica  
La humildad no es el complejo de inferioridad  
La humildad no es sumisión  
Humildad e imperfección  
Humildad y pusilanimidad  
Las fronteras de uno mismo  
Experiencia y narración  
Otear el horizonte  
La cultura de la gratitud  
Reírse de uno mismo: el humor  
Alegato contra la humildad  
Modestia y humildad  
La búsqueda de la sabiduría  
Parietes del humus: la compasión  
La audacia de preguntar  
Fundamento del perdón  
Lo transitorio y la humildad óptica  
Desasimiento y liberación  
Soltar: la serenidad  
El descentramiento del yo  
Andar en la verdad  
Barruntar el Misterio  
Epílogo  
Bibliografía  
Biografía del autor  
Notas

Francesc Torralba

# HU MIL DAD



Colección dirigida por Luis López González

© SAN PABLO 2021 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)  
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723  
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - [www.sanpablo.es](http://www.sanpablo.es)  
© Francesc Torralba Roselló 2021

*Distribución:* SAN PABLO. División Comercial  
Resina, 1. 28021 Madrid  
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050  
E-mail: ventas@sanpablo.es  
ISBN: 9788428560573  
Depósito legal: M. 5.368-2021  
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)  
Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

# PRÓLOGO

Toda crisis es una cura de humildad. Duele, pero, a su vez, libera. Por un lado, duele porque a nadie le complace reconocer su impotencia, su fragilidad y su incapacidad; pero, por otro, libera del mito de la autosuficiencia. Cuando irrumpe la crisis, caen las falsas imágenes, los constructos idealizados, las visiones hiperbólicas de uno mismo y uno se percata de *quién* es y de *qué* está *realmente* hecho.

Las crisis, sean de carácter colectivo o personal, sean sustantivas o accidentales, espirituales o materiales, ponen de manifiesto la fragilidad humana. Cuando uno padece una crisis siente que se ha metido en un atolladero del que no sabe cómo salir.

Experimenta vértigo, miedo, ansiedad, angustia, tristeza e impotencia, pero, a su vez, la misma situación le obliga a activar lo que los filósofos medievales llamaban las *potencias del alma*. Debe agudizar su ingenio, activar la imaginación, la cooperación con los demás, refrescar la memoria de otras situaciones críticas vividas anteriormente y, sobre todo, la voluntad de superación.

En este sentido, toda crisis, también la que estamos padeciendo colectivamente, puede desembocar en una revelación, en un momento de lucidez, en el principio de una historia diferente. Existe, también, la posibilidad de que ocurra lo contrario, de que sea ninguneada, de mirar a otro lado para no tener que cambiar nada, para no alterar ni un ápice el propio estilo de vida.

Las crisis nos ubican en un territorio desconocido, nos obligan a emigrar de la rutina, siempre cómoda, para tantear un ámbito completamente nuevo. Ello nos permite tomar conciencia de las propias fuerzas y activar los recursos latentes en nuestro propio ser.

Nuestro objetivo, en este libro, no consiste en analizar los distintos modos de reaccionar a una crisis, sino en explorar, filosóficamente, la virtud de la humildad, porque partimos del *suppositum* de que toda crisis constituye una extraordinaria ocasión para descubrir esta cualidad humana básica y para cultivarla.

Cuando los planes que habíamos esbozado no prosperan, cuando las expectativas se frustran y debemos rehacer el camino para explorar alternativas, nos damos cuenta, de un modo diáfano, de que no tenemos el futuro bajo control, de que la realidad nos supera, de que estamos embarcados en un mundo que está más allá de nuestra voluntad. Llana y claramente nos damos cuenta de que el mundo que habitamos no nos pertenece y el futuro mucho menos.

Emerge, entonces, el sentimiento de pequeñez. Experimentamos lo que el místico trapense, Thomas Merton (1915-1968), denomina nuestra *irrelevancia cósmica*, nuestra insignificancia en la historia del cosmos. Sentimos que no somos nada o que somos muy poco. Ello puede conducirnos a una profunda crisis de autoestima, incluso a una forma de autodesprecio o de autoodio, pero también a descubrir una cualidad profundamente humana, la humildad.

La humildad no es una virtud cardinal. No forma parte de las cuatro excelencias del carácter que ya avistó Aristóteles (384 a.C.-322 a.C.), en la *Ética a Nicómaco*. De

hecho, en el tratado de las virtudes aristotélico ni siquiera se contempla la humildad. Tampoco en los tratados medievales es considerada como virtud cardinal.

No ocupa el lugar de privilegio que tienen la justicia, la fortaleza, la templanza o la prudencia. Tampoco está dentro de la trinidad de las virtudes denominadas teologales, la fe, la esperanza y la caridad y, sin embargo, juega un rol decisivo en las tradiciones monásticas medievales, especialmente en la *Regla* de san Benito de Nursia (480-547), en la *devotio moderna* y en las corrientes espirituales de los siglos XIX y XX.

Hay que reconocer que la humildad tampoco constituye un valor preeminente de la modernidad y, mucho menos, de la llamada *postmodernidad*.

No se cuenta entre los valores axiales de la Revolución francesa (1789): la libertad, la igualdad o la fraternidad. Más bien se sitúa en la esfera del Medievo y se comprende como un valor que presupone, necesariamente, el reconocimiento de un Ser superior, frente al cual, se pone de manifiesto la insignificancia de la condición humana. No forma parte de los valores propios de la denominada *modernidad* filosófica, valores como la emancipación, la crítica, la audacia, la racionalidad práctica o la autonomía de la voluntad frente a la heteronomía. Con facilidad es considerada como una virtud premoderna, arcaica, impropia de nuestro tiempo.

Sin embargo, como trataremos de mostrar, la humildad es una virtud perenne, una cualidad básica del ser humano que trasciende culturas, tradiciones espirituales y períodos históricos. No pertenece, en exclusiva, a ningún cuerpo moral, tampoco a ninguna tradición espiritual. Aun así, es imprescindible reconocer su poso judeocristiano, puesto que la gran mayoría de aproximaciones occidentales a la naturaleza de esta virtud se nutren de la tradición bíblica.

La humildad tiene una versión religiosa, pero también una laica. No se precisa la fe para reconocerla como cualidad humana. Basta con tomar conciencia de los propios límites, con darse cuenta de la propia fragilidad. No es necesaria, ni indispensable la comparación con un Ser infinito. Una diversidad de experiencias humanas nos permite entrever el valor perennemente válido de la humildad. Nos referimos a experiencias que se relacionan con la vivencia de la fragilidad.

La fragilidad tiene múltiples epifanías. Estamos hablando del dolor, de la enfermedad, del cansancio, de la impotencia, del fracaso, de la traición, de la caída moral, de la impotencia física y espiritual y, naturalmente, de la muerte de uno mismo y de la del ser amado.

En todo este conjunto de experiencias, uno se percata de sus fronteras ópticas, de sus carencias. Puede o no reconocerlas, puede o no aceptarlas, puede o no asumirlas, pero capta su fragilidad y, justamente, en este acto de conciencia nace la virtud de la humildad.

La humildad, en un sentido religioso, nace por comparación. Cuando el ser humano se compara con el Ser infinito, siente su nada, su contingencia, su pequeñez y experimenta la necesidad que tiene de Él para poder subsistir. Esta humildad nace de un acto de fe, de la distinción de niveles ontológicos: lo finito y lo infinito, lo temporal y lo eterno, lo inmanente y lo trascendente, lo absoluto y lo relativo.

En sentido laico, la humildad, como el perdón, nace de la racionalidad humana en su uso práctico. Se sitúa más acá de la prosa espiritual. Cuando uno se percata de las carencias de su ser, de la labilidad de sus actos y de sus errores, descubre la humildad. También existe la virtud del perdón en el plano laico. Uno lo descubre cuando se da cuenta de que perdonar es liberador, cura heridas, permite

empezar de nuevo y reconstruir los vínculos interpersonales. Para todo ello, no es imprescindible la fe en un Dios personal, tampoco abrazar el dogma.

Esta estrecha relación de la humildad, y por extensión del perdón, con las tradiciones espirituales del Libro pesa negativamente sobre ella, especialmente en un contexto caracterizado por el eclipse de Dios, en palabras de Martin Buber (1878-1965), y por un acelerado e implacable proceso de secularización axiológica y espiritual. Grandes conceptos y nociones de herencia judeocristiana han sido barridos del imaginario colectivo, pero, con ello, también su trasfondo profundamente humanista.

Sin embargo, los pensadores contemporáneos más perspicaces vindican una ética de las virtudes en pleno siglo XXI en un plano estrictamente racional. No se olvidan de la humildad, ni del perdón, a pesar de sus raíces nítidamente espirituales. Esta relectura, en clave laica, de virtudes que, históricamente, se han nutrido de los grandes relatos religiosos constituye un acierto, un ejercicio intelectual de discernimiento.

En un contexto fuertemente dominado por las tecnociencias, es fácil sucumbir al mito de que todo es posible. El axioma formulado en positivo reza así: *Todo es posible*. Formulado en negativo: *Nada es imposible*.

Este lema está profundamente enraizado en el imaginario colectivo contemporáneo y está en las antípodas de la cultura del límite, de la frontera y de la fragilidad. Este lema no solo circula a toda velocidad por escaparates digitales y analógicos como eslogan publicitario, sino también como filosofía de vida del ciudadano común.

Se ha impuesto como una tendencia de moda que abarca campos tan dispares como la vida profesional, el deporte o la lucha por la eterna juventud. El ciudadano ha

llegado a creer que para él todo es posible, que nada es imposible si se lo propone, que puede hacer realidad cualquier propósito por difícil y arduo que sea.

Sin embargo, este axioma choca frontalmente con el reconocimiento de la fragilidad, de la vulnerabilidad y de la finitud. La humildad empieza a latir, precisamente, cuando uno se percata de que no lo puede todo, de que no lo domina todo, de que no puede superar todo cuanto se proponga. Y eso tiene lugar en las crisis, ya sean personales o colectivas.

La que estamos padeciendo, tanto a nivel global como regional, es una ocasión idónea para erradicar del imaginario colectivo este axioma y realzar la virtud de la humildad. La humildad nace, pues, de una derrota, de un fracaso, de una herida.

Si uno examina, honestamente, tanto su vida como la de sus semejantes, es fácil que llegue a esta conclusión y que el axioma en cuestión se volatilice por los aires. Con el paso de los años, uno se da cuenta de que no todo es posible, de que existe lo irreversible, lo irremplazable, el límite que no puede ser transgredido, y de que ese límite no es elástico, ni blando, ni imaginario, sino duro, persistente y real. El mito de la eterna reversibilidad se hace añicos muy a nuestro pesar.

La humildad es una virtud discreta, prácticamente olvidada en la postmodernidad. Sin embargo, tiene una profunda afinidad con los grandes vectores de nuestro tiempo, con la incertidumbre, con la debilidad de la razón, con la vulnerabilidad de las instituciones, con la falibilidad de los sistemas, con la sociedad del riesgo, con el agotamiento de los recursos, en definitiva, con la sensación de vértigo que siente el ciudadano frente al mundo que le circunda.

No tenemos el mundo que deseábamos. Esta es la pura y llana verdad. No hemos alcanzado los ideales del siglo de las luces. No hemos sido capaces de extirpar del cuerpo social la superstición, tampoco la credulidad, la ignorancia, el fanatismo o el oscurantismo. El proceso de la ilustración se ha truncado. El populismo ultranacionalista, los fanatismos políticos, sociales y religiosos, la violencia en sus múltiples acepciones, están ahí, en la vía pública. Por ello, necesitamos una ilustración más radical y extensa, una globalización de la *Aufklärung*.

La irracionalidad campa impunemente por las redes sociales y el emotivismo inunda el proceso de toma de decisiones. El mundo que legamos a nuestros hijos y a nuestros nietos no es, en ningún caso, el mundo que anhelábamos cuando éramos jóvenes. Algo ha fallado, algo se ha roto. Y alguna responsabilidad tenemos en ello ya sea por acción o por omisión.

Las generaciones jóvenes se quejan del mundo que les dejamos en herencia y nos señalan con el dedo acusador. Están hartas del neoliberalismo globalizado, sienten hastío de la sociedad del *homo consumens* y del vasallaje al dios Capital. Sufren una precariedad laboral que se dilata en el tiempo y que les impide desarrollar sus legítimos proyectos de vida. La vivienda, a pesar de ser un derecho fundamental, sigue siendo, para ellos, un lujo imposible. Se sienten víctimas de un sistema que funciona mecánicamente y que destruye sueños y utopías, un sistema que se ha convertido en una verdadera apisonadora de ilusiones.

Algunos se limitan a obedecer y practican la moral de rebaño, en palabras de Friedrich Nietzsche (1844-1900). Otros, organizados en pequeños grupúsculos alternativos

de estética antisistema, sueñan con utopías ecocéntricas y transgresoras mientras resisten en los márgenes de la sociedad turbo e hipercapitalista.

Algo habremos hecho mal. En algún momento nos olvidamos de lo fundamental. Tomar conciencia de ello no es fácil, porque significa reconocer nuestra labilidad.

Este reconocimiento es, precisamente, el principio de la humildad.

Morgovejo, enero de 2021

# EXCURSIÓN ETIMOLÓGICA

Un buen camino para acercarse a la densidad semántica de una palabra es el método etimológico. Ahondar en la raíz de la palabra *humildad* es una vía para acceder al significado originario, a su contenido más primitivo.

Los conceptos, como las personas y los pueblos, tienen su historia, evolucionan, cambian, mutan y adquieren nuevos significados. En ocasiones, se borra el sedimento original o bien se interpreta de un modo completamente distinto con el paso del tiempo al que tenía al principio. La historia del concepto (*Begriffsgeschichte*) no es lineal, ni se puede anticipar su trayectoria, dibuja todo tipo de meandros, de curvas y de ramificaciones a lo largo del tiempo.

La palabra *humildad* persiste. Está en el diccionario, a pesar de que su uso es extraño en el lenguaje habitual. Aun así, no se ha perdido en el cementerio de la desmemoria. Está ahí, pero requiere de un proceso de resignificación, de reelaboración intelectual, para sacarla del atolladero semántico donde ha ido a parar y explorar sus múltiples significados latentes. Necesita una puesta al día, un *aggiornamento*.

La palabra *humildad* procede de *humus* (detectable en el neologismo *humus* y en *inhumar* y *exhumar*), que significa «tierra». Debe tener también alguna relación con humedad, pero es difícil establecerla. *Humilis* ha de significar algo así como que se puede reducir a tierra, a humus, que está muy cerca de la altura del barro.

Ser humilde significa reconocerse hijo de la tierra, pero también, muy arraigado a la superficie de esta. De hecho, el humus se forma, en gran parte, de la desintegración de las hojas de los árboles cuyas sustancias nutrientes son absorbidas, de nuevo, por los árboles, para realizar su función vital.

El cristianismo dota al vocablo de un contenido positivo, al igual que los demás caracteres de la esclavitud y de la desgracia humana. Convierte la condición humilde en cualidad para un cristiano, la aceptación de esa condición en virtud y el estar dispuesto, por solidaridad con los humildes, a colocarse junto a ellos, en un rango más abajo del que a uno objetivamente le corresponde (humillarse), en una de las más excelsas virtudes cristianas.

La humildad, en este sentido, es claramente contraria al clasismo. El hombre humilde se desapega de su rango, se olvida de su estatus y condición para unirse con todos los demás, porque entiende que lo humano es lo más común y esencial que nos une a todos y que las diferencias son meramente accidentales y coyunturales.

El clasismo significa todo lo contrario: petrificarse en las diferencias, marcar niveles, distinguir derechos y deberes y someter a los inferiores a una relación de dominio y subyugación.

# LA HUMILDAD NO ES EL COMPLEJO DE INFERIORIDAD

**M**iguel de Cervantes (1547-1616) escribe en *Coloquio de los perros* que la humildad es la base y el fundamento de todas las virtudes y que, sin ella, no hay alguna que lo sea. Mucho antes que él, san Agustín (354-430), el que fuera obispo de Hipona, afirmó que es la madre de las virtudes (*mater virtutum est*), la fuente de donde manan todos los buenos hábitos, la excelencia del carácter.

Este valor se ha asociado, erróneamente, a conceptos relacionados con el complejo de inferioridad o con el sometimiento. Es relevante dibujar conceptualmente la noción de humildad y marcar distancias respecto de ideas preconcebidas que nada tienen que ver con ella y que, sin embargo, están ahí, en el inconsciente colectivo y que, con frecuencia, deslucen su belleza.

Un acercamiento por descarte puede ayudar a clarificar lo que realmente es. La humildad nada tiene que ver con el complejo de inferioridad. Sin ánimo de entrar en el terreno de la psicología, que no nos corresponde, es preciso distinguir ambas realidades.

La humildad es una cualidad humana, mientras que estar acomplejado o sufrir algún tipo de complejo, fuere el que fuere, no constituye una cualidad, sino más bien un defecto y, en el caso de que sea muy grave, una patología psíquica.

El complejo de inferioridad es una percepción subjetiva que causa un grave sufrimiento emocional a quien lo padece. Estamos hablando de un sentimiento, de una emoción tóxica que consiste en sentirse inferior a los demás, a alguien en concreto o bien a un conjunto de personas. Nace de una comparación equívoca y arbitraria.

El sujeto que lo padece se compara con los demás, allegados o lejanos y se siente menos que ellos, experimenta que no los alcanza, que no posee las cualidades que, supuestamente, poseen los demás. Se siente inferior y eso le causa un gran sufrimiento de naturaleza emocional que tiene, lógicamente, sus múltiples derivadas en la vida práctica, en el plano social y profesional.

Quiere ser como los demás, asemejarse a ellos, física e intelectualmente, pero siente que no puede, que se abre una zanja entre ellos y él. No se trata de una visión objetiva, fundamentada y cotejada, sino de una percepción subjetiva y arbitraria. Él percibe que los demás son superiores y no es capaz de poner en cuestión tal percepción y someterla a un examen crítico.

Cuando uno se siente inferior a los demás, prejuzga que no podrá seguir su ritmo, que no podrá asumir las responsabilidades que ellos desempeñan, ni conseguir sus objetivos. Cree que fracasará en sus empeños. Todo esto lo asume antes de empezar a realizar la labor, con lo cual este sentimiento determina la acción posterior.

El pensar configura la acción y la inacción. En este sentimiento de inferioridad late una forma de autodesprecio y de desdén hacia uno mismo que, en casos extremos, deriva en formas de autodestrucción.

También puede manifestarse a través de la arrogancia y del abuso de poder. Como puso de manifiesto Alfred Adler (1870-1937), discípulo heterodoxo de Sigmund Freud

(1856-1939), cuando una persona sufre el complejo de inferioridad, reacciona de un modo prepotente, justamente para ocultarlo o demostrar su falsa superioridad, a través de actitudes de explotación y de desprecio a sus semejantes.

A través de la humillación a los demás, trata de subsanar su sentimiento de inferioridad y reafirmarse. Sin embargo, lo que consigue a través de esta conducta no es mostrar su superioridad, sino, justamente, lo contrario, poner claramente de manifiesto su sentimiento de inferioridad.

El complejo de inferioridad es un mal anímico. Nadie desea padecerlo. No es un acto de la voluntad, ni el resultado de una deliberación. Es, simplemente, un sentimiento que adviene en el alma y que se apodera de ella, incluso contra su voluntad. No es una expresión de la libertad humana. Es fruto de un defectuoso conocimiento de uno mismo.

Se produce cuando uno exagera sus limitaciones, hipertrofia las cualidades de los demás y no es capaz de entrever sus propios recursos o potencias. La consecuencia de ello es el apocamiento y el resentimiento contra los demás por creer que son superiores en todo.

Existe una profunda vinculación entre el sentimiento de inferioridad y el resentimiento. Como analizó perspicazmente Max Scheler (1874-1928) en *El resentimiento en la construcción de la moral*, el resentimiento nace por comparación. Cuando uno se siente inferior a los demás, desea el mal para quienes percibe que son superiores a él, anhela su destrucción, y esta emoción se queda dentro del sujeto intoxicando su alma.

El resentimiento nace, como se ha dicho, por comparación y el espíritu de comparación es destructivo. Como escribe Søren Kierkegaard (1813-1855), en *Las obras*

*del amor* (1848), compararse es autoinmolarse.

La persona humilde no se compara con los demás. Reconoce las cualidades de sus semejantes, pero no experimenta la secreta envidia de poseerlas para sí. Reconoce lo que hay de bello y de bueno en los demás, pero eso no le lleva a destruirse a sí mismo, ni a negar sus facultades.

La humildad no consiste en pensar menos *en uno* mismo, sino en pensar menos *de uno* mismo. El autoexamen, como ya vio Sócrates (470 a.C.399 a.C.), es consustancial a la actividad filosófica entendida como un ejercicio espiritual. Ello presupone convertir el yo en objeto de meditación filosófica, en foco de reflexión.

Pensarse a sí mismo no es un ejercicio de vanidad, ni un combate contra la humildad. Es una tarea imprescindible para configurar el propio proyecto vital. La humildad no consiste en evadirse de uno mismo, en fugarse del yo, olvidarse o anonadarse. Significa pensar menos de uno mismo.

# LA HUMILDAD NO ES SUMISIÓN

**D**ejemos de lado el sentimiento de inferioridad. La humildad tampoco debe confundirse con el sometimiento y, menos aún, con la legitimación de la sumisión y de la explotación. Resignarse a jugar el papel de víctima en una relación dual, ya sea en el plano afectivo o profesional, nada tiene que ver con la humildad. El victimismo no es la humildad; es una derrota moral, una corrosión de la dignidad humana.

Ser humilde no significa, en ningún caso, aceptar resignadamente el papel de siervo en una relación de dominación, en la dialéctica del amo y del esclavo, para decirlo con la bella expresión de Georg Wilhelm Hegel (1770-1831). Asumir que uno debe ser vejado, explotado, en definitiva, aniquilado por otro ser humano es un acto de renuncia a la propia dignidad, una derrota de sus derechos fundamentales.

Ser humilde no significa tolerar o aceptar la injusticia, la explotación, la denigración, la vejación o la humillación. La aceptación de este rol obedece a distintas razones, pero, en ningún caso se puede identificar con la humildad. Puede ser fruto de la cobardía, del miedo, de la costumbre, pero no es una situación éticamente aceptable. La humildad está emparentada con la justicia, con la esperanza, con el reconocimiento de uno mismo y de los demás, pero jamás con la explotación o con la humillación.

Desde el mundo de la psicología se presenta la humildad como la base para la autosuperación, dado que su motor reside en la grandeza de aceptarnos como somos y de actuar de acuerdo con ello, con los pies bien puestos en la tierra.

En el ámbito de la psicología de las organizaciones y del liderazgo, se enaltece la humildad como una cualidad indispensable para gobernar un equipo humano, para cohesionar una comunidad, para crear vínculos empáticos con los demás. Nadie soporta a un líder arrogante y prepotente. La humildad cataliza el nexo, facilita el encuentro, genera una corriente de simpatía alrededor de la persona que la cultiva, una corriente imprescindible para el trabajo en equipo y para la vida de las organizaciones.

Descartado el complejo de inferioridad y la lógica del sometimiento, veamos cuál es la esencia de la humildad en una aproximación por círculos concéntricos.

La humildad, según la Real Academia Española (RE), es una «virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento». Esta primera definición, todavía prefilosófica, abre la posibilidad de ver el mundo con una óptica más aterrizada.

Estamos hablando de una actitud, no de una reacción, de un buen hábito, dado que mejora la persona, la hace más excelente. Se ubica en el orden intelectual, pero tiene consecuencias prácticas. Parte del conocimiento de las propias limitaciones, lo cual presupone la conciencia de la finitud y determina un obrar que se desarrolla conforme a este conocimiento.

Es una cualidad intangible, puesto que, como las demás virtudes, la fortaleza, la constancia, la tenacidad o la esperanza, no se observa empíricamente, pero se

manifiesta a través del obrar y, especialmente, en la interacción con los demás.

Observando el modo en que un ser humano se relaciona con sus semejantes, la manera en que desarrolla su tarea profesional y su vida social se detecta si, en él, existe o no, esta virtud.

La permanente referencia al yo, lo que se denomina *autorreferencialidad*, pone de manifiesto la vanidad o arrogancia. La persona humilde, en cambio, tiende a callar sobre sí misma, sobre sus logros y sus méritos. No siente la imperiosa necesidad de exhibirlos en cada reunión social, tampoco centra la conversación en su vida pretérita o futura. Tiende a descentrarse y a escuchar a quienes le rodean para aprender de lo que dicen y no imitar sus defectos. Cuando los demás exponen sus logros y éxitos, no siente la pasión por neutralizarlos con los suyos, incluso en el caso de que fueran superiores.

Conoce bien sus debilidades. Tampoco tiene dificultades en revelarlas en los círculos sociales si es necesario. No sucumbe al exhibicionismo de sus carencias como hace el victimista para buscar la consolación y la estima de los demás, pero no tiene dificultades en revelar su talón de Aquiles.

«La humildad -escribe el filósofo catalán Jaume Balmes (1810-1848)- trae consigo el claro conocimiento de lo que somos, sin añadir ni quitar nada; quien tenga sabiduría puede interiormente reconocerlo así»<sup>1</sup>.

El filósofo de Vic entiende que la humildad nace de la claridad respecto de uno mismo. Este conocimiento claro que, propiamente, es la sabiduría, no se alcanza inmediatamente. En términos generales, tenemos una visión borrosa, desenfocada de nosotros mismos. La claridad requiere de un proceso temporal. El conocimiento

de los propios límites y fortalezas, sin quitar ni añadir nada, es dinámico, porque también lo es el yo, con lo cual este conocimiento debe ser renovado a cada instante.

Observamos, pues, que la primera dificultad para alcanzar la humildad tiene que ver con el deficitario conocimiento que se tiene de uno mismo. Es fácil sucumbir a extremos. En ocasiones, no somos capaces de identificar las fortalezas que subsisten en nuestro ser, pero, en otras se da la situación contraria, captamos las fortalezas, pero no las carencias. Solo quien indaga en sí mismo de un modo constante y tenaz, alcanza este conocimiento y, por consiguiente, la sabiduría interior, la mirada clara sobre sí mismo.

La humildad, escribe la filósofa francesa Simone Weil (1909-1943), es una purificación por eliminación de sí de un bien imaginado, la resultante de un proceso catártico que consiste en aceptar el principio de realidad y desaferrarse de los constructos imaginados.

Existe, por un lado, el yo real, el de carne y huesos, apegado al humus y, por otro, el yo imaginado, soñado, que flota más allá de las nubes, en un universo paralelo. La humildad es la percepción real de uno mismo y eso se opone, frontalmente, a la versión imaginada.

Existe el peligro de crearse una visión de uno mismo completamente fantástica y de instalarse en ella. En este sentido, la humildad es doliente, pero también liberadora. Duele tener que reconocer que no soy lo que había imaginado ser, pero libera porque te reconcilia con el yo real.

La humildad, pues, se relaciona con el principio de realidad, pero también con la noción de imperfección. Quizás, por ello, es un valor tan sumamente contracultural en nuestro tiempo. La aspiración al *cuerpo perfecto*, a la *casa perfecta*, a la *familia perfecta* y a la *vida perfecta* late